

gunos (especialmente en un precioso manuscrito de la Academia de la Historia) y noticia de muchos más en el curioso opúsculo de Pedro Miguel Carbonell *De viris illustribus catalanis suce tempestatis*.

Lo primero que hay que hacer notar es que en el reinado de Alfonso V florecieron simultáneamente dos literaturas de todo punto independientes entre sí, una la de los humanistas italianos y sus discípulos españoles, escrita siempre en lengua latina; otra la de los poetas cortesanos, escrita las más veces en castellano, y algunas en catalán. Lo que puede decirse que apenas existía entonces en Nápoles era literatura italiana, ni en la lengua común, ni en el dialecto del país. Los pocos y oscuros rimadores napolitanos de entonces rebosan de españolismos, y en cambio los trovadores castellanos del *Cancionero de Estúñiga* están llenos de frases, giros, y aun versos enteros en italiano, y Carvajal, el más fecundo y notable de todos los poetas de aquella antología, llegó á escribir por lo menos dos composiciones enteras en aquella lengua.

La literatura de los humanistas no nos incumbe directamente, puesto que no parece haber influido ni poco ni mucho en la poesía vulgar. Era, no obstante, la principal, si no la única, que alentaba personalmente Alfonso V (1) ya con obras propias como las epístolas y oraciones que recogieron el Panormita y Marineo Sículo (pues en cuanto al libro *De castris stabilimento*, creemos firmemente que no es suyo ni de su tiempo, sino anterior en un siglo por lo menos), ya con los diarios ejercicios y concertaciones que se tenían en su

(1) No obstante, si hemos de dar crédito al testimonio del colector del *Cancionero* que fué de Herberay des Essarts, habrá que contar á Alfonso V entre los poetas castellanos, puesto que trae una canción *del rey de Aragón á Lucrecia Alania*, que comienza

Si dezís que vos ofende
Lo que más mi sesso piensa...

palacio, convertido por él en una perenne Academia, no sólo de gramáticos y teólogos, sino de filósofos, médicos, músicos y jurisconsultos; sin que esta instrucción doméstica bastase todavía para saciar la sed de ciencia del rey, que iba á pie á las escuelas públicas, por lejanas que estuviesen, y se sentaba entre los humildes oyentes. «Fué peritísimo en el arte de Gramática (dice el Papa Pío II), aunque no gustaba mucho de hacer discursos en público; tuvo curiosidad de todas las historias; supo cuanto dijeron los poetas y los oradores; resolvía fácilmente los laberintos más intrincados de la Dialéctica; ninguna cosa de Filosofía le fué desconocida; investigó todos los secretos de la Teología; supo razonar gentil y doctamente de la esencia de Dios, del libre albedrio del hombre, de la Encarnación del Verbo, del Sacramento del Altar, y de otras dificilísimas cuestiones; en sus respuestas era breve y oportuno; en la locución, blando y terso».

Con una modestia muy justificada, pero que ciertamente realza su mérito, ni Alfonso ni los humanistas españoles de su corte pretendían pasar más que por estudiantes, y esto eran en verdad, sin que el amor patrio pueda pretender otra cosa. La misma timidez con que se dirigen á sus maestros y que tanto contrasta con su superioridad política y militar, que manifestaban á veces con harta jactancia, es candorosa y simpática: «*Nec videas mea barbara; quum si aliquid dulce fuerit, tuum est et non meum; cetera inculta, rugosa ac dura mea sunt*», decía Ferrando Valentí al Panormita. Locura hubiera sido pretender que estos principiantes, nutridos además con tan mala leche como suele serlo el estilo pedantesco, redundante y estrafalarío de los gramáticos italianos de la primera mitad del siglo xv (muy dignos de consideración por los grandes servicios que prestaron á la erudición filológica desenterrando textos, pero indignos de ser propuestos como modelos de latinidad moderna, la cual sólo empieza á brillar con su pristina belleza en los escritores artistas de fines de aque-

lla centuria, en los Policianos y Pontanos) hubiera podido hacer otra cosa que calcos serviles de una literatura ya hueca y viciosa de suyo. Pero aunque ciertamente sus nombres no son para añadidos al catálogo *De Hispanis purioris latinitatis cultoribus*, que con tan buen gusto formó Cerdá y Rico, el historiador literario no puede cometer la insensatez de exigirles que hubiesen escrito como un Sepúlveda, un Alvar Gómez de Castro ó un Mariana.

Hasta lo breve y fugitivo de sus opúsculos prueban que no iban muy lejos las pretensiones literarias de los familiares de Alfonso. La mayor parte son epístolas más de cortesía y de ceremonia que de erudición ni de substancia, y, por decirlo así, temas epistolares con que exploraban la benevolencia de los árbitros y dictadores del gusto, que eran el Panormita, Filelfo, Valla, Poggio, Gaspar Arangerio.

Uno de los principales en este pequeño grupo de aficionados á la cultura clásica parece haber sido el mallorquín Ferrando Valentí, á quien Tiraboschi, Amador de los Ríos y otros llaman Fernando de Valencia. Quedan de él no sólo cartas, sino algunas oraciones políticas curiosas (como la que dirigió al rey Ferrante, exhortándole en pomposas razones á emular las virtudes y altos hechos de su padre) y también una oda en versos sáficos,

Turba doctorum docilis magistra...

que es sin duda uno de los primeros ensayos métricos de autor español con deliberada imitación clásica. Ferrando Valentí era legista, y ejerció el cargo de jurado en su isla natal; pero parece haber preferido al estudio de las leyes el de las humanidades, en que había tenido por guía á Leonardo Aretino, á quien *llama padre y preceptor suyo*. Sus primeros estudios debió de hacerlos, por consiguiente, en Florencia, y era ya adulto cuando entró en relaciones con los humanistas de

Nápoles. Ni se le puede tener por despreciador de su lengua nativa, puesto que resta de él una traducción catalana de las *Paradojas* de Cicerón, con un prólogo muy interesante para la historia literaria, por las noticias que contiene de otros traductores. Fué el verdadero patriarca del Renacimiento en la *isla dorada*, donde parece que tuvo escuela pública. Carbonell le llama «príncipe de los declamadores de su tiempo, y muy caro á Alfonso V», y añade que fué «prior de Tortosa». Su entusiasmo clásico llegaba hasta el extremo de llamar á la Virgen «*clarísima y santísima Sibila*», y comparar el descenso de Jesucristo á los infiernos con el de Eneas. Puso por nombre *Teseo* á un hijo suyo, que, andando el tiempo, fué notable jurisconsulto en el estudio de Bolonia (1).

En el curioso opúsculo de Carbonell sobre los humanistas catalanes de su tiempo (compuesto á imitación del *de viris illustribus* de Fazzio) se dan, aunque con lamentable brevedad, noticias de algunos otros propagadores de la cultura clásica; y si bien no de todos consta expresamente que visitasen Italia, todos participaron del impulso dado por la corte aragonesa de Nápoles, merced á la cual el Renacimiento latino en las comarcas del Levante de España se adelantó en medio siglo respecto de Castilla. Entre estos obreros de la primera hora figuran el rosellonés Luciano Colomer (*Lucianus Colominius*), que profesó letras humanas en Valencia, en Játiva y últimamente en Mallorca, donde murió enteramente ciego en 1460. Escribió en verso latino cuatro libros de gramática, y uno *del caso y fortuna*. La mayor parte de estos humanistas eran al mismo tiempo jurisconsultos, como lo habían sido en no pequeña parte los antiguos poetas italianos, de los cuales basta citar para el caso á Cino da Pistoia. No en balde

(1) En el *Museo Balear* de Palma de Mallorca (segunda época, núm. 2) hay una noticia de Ferrando Valentí, escrita por D. Gabriel Llabrés.

había precedido el Renacimiento del derecho romano al de las demás ramas de la erudición clásica. Así, el barcelonés Jaime Pau, á quien llamaron *gloria juris caesarei*, no fué menos celebrado por la agudeza que mostró en el gran volumen de sus *apostillas* al derecho imperial, que por lo elegante, ameno, perspicuo y breve de su dicción latina, *jucundus, brevis, elegans, venustus*, que dice Carbonell (1). Así, Juan Ramón Ferrer, sin perjuicio de compilar un vocabulario de su profesión, que llamó *Semita juris canonici*, no sólo cantó en verso heroico los loores de María Santísima y la vida de Cristo, sino que se atrevió á reducir al yugo del exámetro los *Aforismos* de Hipócrates con los comentarios de Galeno, en ocho mil y quinientos versos. Así, el notario ó *tabelión* Jaime García, antecesor de Carbonell en la custodia del Archivo de la Corona de Aragón, descansaba de la tarea de sus registros y protocolos transcribiendo de propia mano y procurando limpiar de yerros el texto de Terencio. No faltaba entre estos legistas y notarios, que eran á la par *dilettantes* en humanidades, quien uniese el cultivo de la poética nativa ó importada de Tolosa con el estudio de la antigüedad: así Jaime Ripoll, de quien dice Carbonell que comentó las *Leys d' amor*: «*Tolosanos Flores in maternis rhythmis jam editis percallentissime commentatus est.*» Pero más fama le dieron sus versos latinos, de que sólo conocemos el epitafio de la reina Leonor de Chipre, que mandó esculpir el mismo Carbonell cuando reparó el sepulcro de aquella princesa en San Francisco de Barcelona. Apenas hay uno de los personajes memorados por el diligente archivero, cuya profesión no fuesen las leyes ó la custodia de la fe pública; ni uno solo tampoco de quien no añada que

(1) *Colección de documentos inéditos del Archivo General de la Corona de Aragón*. Tomo XXVIII (segundo de los *Opúsculos* de Carbonell, publicados por D. Manuel Bofarull. Barcelona, 1865, páginas 237-245).

fué «gramático eximio» ó que se distinguió en la «facultad oratoria»: prueba patente del rumbo que los estudios llevaban. Jurisconsulto también, pero más propiamente literato que ninguno de los anteriores, fué Jerónimo Pau, hijo de Jaime y discípulo del Panormita. El círculo bastante amplio de sus estudios abrazaba no sólo las letras latinas, sino las griegas, y no sólo la gramática, sino la arqueología clásica, nueva dirección del Renacimiento, que tiene en él su primer representante español en la esfera de los estudios históricos. Fué estudioso de la geografía antigua de España, y á él se debieron los primeros ensayos en tan ardua materia: el libro *De fluminibus et montibus utriusque Hesperiae*, y el de las antigüedades de Barcelona; opúsculos que andan insertos en la *Hispania Illustrata* de Scotto, y que aunque poca luz puedan dar hoy, alguna tuvieron en medio de las sombras y confusión de aquellos tiempos, cuando el Gerundense lograba acreditar sus portentosas fábulas, que tan desacordadamente se ha intentado rehabilitar en nuestros días. Pero Jerónimo Pau, que alcanzó los últimos años del siglo xv, y fué familiar del segundo Papa Borja, pertenece á un grado superior del humanismo, y sus versos elegantes, sentenciosos y nutridos, su *Triumphus de Cupidine*, v. gr., difieren en gran manera de la tosquedad de los ensayos de Ferrando Valenti y sus contemporáneos. Por entonces ya el movimiento clásico había arraigado definitivamente, llegando al punto de madurez que manifiesta la epístola del mimo Pau á Jerónimo Columbeto, *De viris illustribus Hispaniae* (1). La aparición de un helenista como

(1) Gran parte de las poesías latinas de Jerónimo Pau se han conservado en un códice misceláneo recopilado por Carbonell, que está en el Archivo de la Catedral de Gerona, donde le vió el Padre Villanueva (*Viaje Literario*, tomo XII, págs. 111-115). Las composiciones copiadas por Villanueva se conservan en el tomo III de su *Colección* manuscrita en la Academia de la Historia. La más extensa es un poema que el autor llama *him-*

Pau, á quien parece que hay que reconocer prioridad cronológica sobre todos los nuestros, incluso el mismo Arias Barbosa (por más que su acción pedagógica no pudiese ser tan profunda como la de éste) marca el punto culminante de esta evolución, que no sólo se extendió por los países de lengua catalana, sino que fué secundada, aunque más tíbiamente, por algunos aragoneses, entre los cuales sobresale por sus cartas latinas á Filelfo y al Panormita, el virrey de Calabria D. Juan Fernández de Híjar, llamado el *orador*, de quien dijo Lorenzo Valla que á ningún otro español era inferior en las letras humanas «*in literis humanitatis ex omni Hispania nulli secundum*».

No es del caso apurar, ni necesario tampoco, puesto que es punto ya magistralmente tratado (1) hasta qué punto esta corriente clásica modificó en el siglo xv la literatura catalana vulgar, dando rápida perfección á la prosa en manos de Canals, de Bernat Metge, de Francisco Alegre; coloreando en algún modo la abstracta poesía de Ausias March; dictando á Corella sus lamentaciones de Mirra, de Narciso y de Tisbe, sus historias de Biblis y Caldesa, y sobre todo el arte exquisito de sus versos sueltos, que cuando se comparan con los que en castellano quiso hacer Boscán medio siglo despues, parecen una maravilla.

Pero si no nos incumbe aquí el estudio de los ingenios catalanes á quienes con más ó menos propiedad y rigor cronológico se coloca en la corte napolitana de Alfonso V, ó que celebraron al magnánimo rey y á la

no á San Agustín, en más de trescientos exámetros: hay también bastantes odas y epigramas, elegias, apólogos y epístolas, todo ello digno de publicarse, porque quizá ningún otro español anterior á la era de Nebrija anduvo tan feliz en la versificación latina, salvo Juan Pardo, el amigo de Pontano.

(1) Sobre los orígenes de *El Renacimiento clásico en la literatura catalana*, es trabajo de sólida erudición y doctas consideraciones el de mi querido amigo y compañero D. Antonio Rubió y Lluch (Barcelona, 1889).

reina Doña María, tales como Jordi, Andreu Febrer (el traductor de Dante), Francesch Ferrer, Leonardo de Sors, Juan de Fogassot, Bernat Miquel, etc., debemos notar el curioso fenómeno de la primera aparición de poetas bilingües. En el mismo punto y hora en que la lengua catalana había llegado á su mayor altura, comenzaba á insinuarse el germen de su ruina. Los primeros poetas catalanes que trovaron en lengua castellana pertenecen á este grupo; y de este modo la corte de Alfonso V, teatro de tantas transformaciones intelectuales, lazo de unión moral entre ambas penínsulas hespéricas, lo fué también de una estrecha hermandad, no conocida hasta entonces, entre las letras del Centro y del Oriente de España, y bien puede decirse sin género alguno de pasión (puesto que se trata de inevitables consecuencias históricas que ya en el voto de Caspe venían envueltas) que entonces comenzó la hegemonía castellana, bajo los auspicios de un príncipe que nunca pudo olvidar su origen. En el abandono de la lengua materna no hay que dar á Boscán más parte de la que realmente tuvo, aunque el prestigio de su indisputable talento de prosista y de poeta, y sobre todo la oportunidad de su innovación, le diesen más crédito y fama que á otros. Antes que él lo había hecho Mosén Pere Torrellas ó Torroella (mayordomo del Príncipe de Viana), que aun en sus propios versos catalanes, por ejemplo en el *Desconort*, compuesto de retazos de otros poetas, que comienza *Tant mon voler*, había mostrado sus tendencias eclécticas y su afición á nuestra poesía, invocando la autoridad, y á veces las coplas mismas de Villasandino, Santillana, Juan de Torres, Juan de Mena, Macías, Juan de Dueñas y Santafé, revueltos con poetas catalanes, provenzales y franceses, de donde resulta un extravagante baturrillo. Muchas fueron, y por lo general picantes y de burlas, las poesías puramente castellanas de Torrellas; pero ninguna le dió tanta notoriedad, haciéndole pasar por un nuevo Boccaccio, infamador sistemá-

tico de las mujeres, como sus *Coplas de las calidades de las donas*, insertas en el *Cancionero de Stúñiga*, en el *General* y en otros muchos; impugnadas por diversos trovadores, entre ellos Suero de Rivera y Juan del Encina; glosadas y recordadas á cada momento por todos los maldicientes del sexo femenino, y sobre las cuales hasta llegó á inventarse la extraña leyenda de que las mujeres, irritadas con los vituperios de Torrellas, le habian dado por sus manos cruelísima muerte. Toda esta historia se cuenta en el rarísimo *Tractado de Grisel y Mirabella compuesto por Juan de Flores á su amiga* (1). Allí está muy á la larga el proceso sobre la respectiva malicia de hombres y mujeres, que se litigó ante el rey de Escocia entre «una dama llamada Brasayda, »de las más prudentes del mundo en saber y en desent- »vultura y en las otras cosas á graciosidad conformes, »la cual por su gran merecer se había visto en muchas »batallas de amor y en casos dignos de memoria, y »un caballero de los reynos de España, al qual llama- »ban Torrellas, un especial hombre en el conocimiento »de las mujeres é muy osado en los tratos de amor é »mucho gracioso, como por sus obras bien se prueba». Triunfó el abogado de los hombres; pero con tan mala ventura suya, que la reina y sus damas asieron de él, le ataron de pies y manos y le atormentaron con todo género de espantables suplicios; dejando, como se verá, poco que hacer á los fervientes catalanistas que hoy quisieran ejercitar sus iras en el triste de Torrellas por haber coqueteado un tanto cuanto con la lengua castellana: «E fué luego despojado de sus vestidos, é ata- »páronle la boca porque quejar no se pudiesse, é desnudo fué á un pilar bien atado, é allí cada una traía »nueva invención para le dar tormentos; y tales ovo »que con tenazas ardientes, et otras con uñas y dientes »ravingsamente le despedazaron. Estando assi medio

(1) Sevilla, Cromberger, 1529. (Reproducido foto-litográficamente por D. José Sancho Rayón.)

»muerto, por crecer más pena en su pena, no lo quisie- »ron de una vez matar, porque las crudas é fieras llagas »se le resfriassen é otras de nuevo viniessen; é despues »que fueron assi cansadas de atormentarle, de gran »reparo la reina é sus damas se fueron allí cerca dél »porque las viesse, é allí platicando las maldades dél, »é trayendo á la memoria sus maliciosas obras... dezian »mil maneras de tormentos, cada qual como le agrada- »daba... E assi vino á sufrir tanta pena de las palabras »como de las obras, é despues que fueron alzadas las »mesas, fueron juntas á dar amarga cena á Torre- »llas... E despues que no dexaron ninguna carne en »los huesos, fueron quemados, de su ceniza guardando »cada qual una buxeta por reliquias de su enemigo. »E algunas ovo que por joyel en el cuello la traian, »porque trayendo más á memoria su venganza, mayor »placer oviesen.» Esta escena trágico-grotesca vale bastante más que las coplas satiricas de Torrellas, á las cuales confieso que nunca he podido encontrar gracia, ni menos malignidad, que mereciera tan cruento y espeluznante castigo. No puede darse invectiva más sosa é inocente, llena además de salvedades, puesto que el poeta no sólo exceptúa taxativamente á su amiga, sino que declara inculpables á las demás por vicio de naturaleza:

Mujer es un animal
Que disen hombre imperfecto,
Procreado en el defecto
Del buen calor natural;
Aquí se incluyen sus males,
E la falta del bien suyo,
E pues le son naturales,
Cuando se demuestran tales,
Que son sin culpa conluyo (1).

(1) Además de sus famosas *coplas*, llamadas por el *Cancionero General* «de maldezir de mujeres», hay en el mismo *Cancionero* otras tres composiciones de Torrellas (números 173, 175 y 856 de la edición de los *Bibliófilos Españoles*).

Catalán era también, y todavía más enamorado de Castilla que Torrellas, aquel Mosén Juan Ribelles, prisionero con Alfonso V en la batalla de Ponza, el cual cantaba de nuestra tierra, respondiendo á Villalpando y á Juan de Dueñas:

En Castilla es prosa,
Franquesa, verdat, mesura,
En los sennores larguesa,
En donas grand fermosura...

Pero el mayor golpe de poetas que entonces metrificaban en Nápoles eran naturalmente aragoneses, cuya lengua nacional fué en todo tiempo el castellano hablado con variantes de dialecto que en los versos rara vez aparecen; y en mayor número todavía refugiados de Castilla, partidarios de los infantes de Aragón. Una gran parte de esta producción poética se contiene, como es sabido, en el *Cancionero de Stúñiga*, publicado en 1872 por los Sres. Fuensanta del Valle y Sancho Rayón en su *Colección de libros españoles raros y curiosos*. Además del código de nuestra Biblioteca Nacional (M-48), que sirvió para esta linda y bien anotada edición, existe otro en la Biblioteca Casanatense de Roma (idéntico al de Madrid por lo que recuerdo), y otro en la Marciana de Venecia, descrito ya por el profesor Mussafia en un trabajo suyo sobre bibliografía de los Cancioneros (1). Esta colección fué formada probablemente en Nápoles, pero de seguro después de la muerte de Alfonso V, puesto que contiene unos versos á *la divisa del Rey D. Ferrante*, y otras alusiones posteriores. En Nápoles, contra lo que pudiera esperarse, no se conserva colección alguna de poesías que se remonte á esta fecha, pero son indudablemente de procedencia napolí-

(1) *Ein Beitrag zur Bibliographie der «Cancioneros» aus der Marcusbibliothek in Venedig (Sitzb. d. phil. hist. CI, LIV, Bd. I, Hft.)*

tana siete códigos de poesías españolas que guarda la Biblioteca Nacional de París; y en Nápoles fueron compuestos asimismo muchos de los versos catalanes del Cancionero de la Universidad de Zaragoza. Otros Cancioneros deben agregarse para este estudio, siendo los más copiosos en versos de esta procedencia italo-hispana, el de Herberay des Essarts, y el de la Academia de la Historia (antes de Gallardo).

Aunque esta poesía no difiera substancialmente de la que floreció en la corte de D. Juan II, y por caso singular parezca menos influida que ella por el Renacimiento clásico, tiene ciertos caracteres secundarios que en algún modo la distinguen. Ya Wolf advirtió en sus *Studien* (1) que el *Cancionero de Stúñiga* tiene más carácter lírico que el de Baena, siendo en general mucho más breves las composiciones, y dándose entrada á ciertas formas populares, tales como los villancetes, los motes, las glosas, y sobre todo los romances. La circunstancia de contener dos, entrambos de un mismo poeta, el llamado Carvajal ó Carvajales, no es una de las menores singularidades de este Cancionero, puesto que no hay ninguno anterior en que tan castiza forma aparezca. Claro está que estos romances no son populares ni narrativos, sino meramente líricos: amatorio el uno, «*Terrible duelo facía*», y de consolación el otro á la Reina Doña Maria de Aragón por la eterna ausencia y manifiesto desvío de su esposo; pero tales como son, no los hay más antiguos de trovador y fecha conocida (1442); y en ambos, especialmente en el de «*Retraída staba la Reyna*», á vueltas de reminiscencias clásicas, como «*templo de Diana*» y lo de «*seguir á Mars, dios de la Caballería*», se advierte que el empleo del metro popular, comunicando al autor los hábitos propios del género, le ha prestado una sencillez de expresión y de sentimiento que contrasta con el énfasis retórico de la supuesta carta de la rei-

(1) Página 212.

na que precede al romance. No se trata de un canto popular refundido, pero es cierto que en los oídos del poeta culto zumbaban ecos de viejos romances de muy diverso asunto. Sin este fondo de poesía tradicional é inconsciente, no hubiera logrado versos como éstos:

Vestida estaba de blanco,
Un parche de oro cennía...
Pater noster en sus manos,
Corona de palmería...
Maldigo la mi fortuna
Que tanto me perseguía;
Para ser tan mal fadada,
Muriera cuando nacía...

El *Cancionero de Stúñiga* está lleno de recuerdos históricos, y siguiendo atentamente la cadena de estas composiciones, podría trazarse un cuadro de la vida guerrera y cortesana en tiempo del quinto Alfonso. Los trances principales de la conquista del reino, el desastre naval de Ponza, las prisiones de Génova y de Milán, la entrada y triunfo de Nápoles, pasan ante nuestros ojos en las poesías de Juan de Tapia y Pedro de Santafé. El primero, cautivo en aquella jornada, canta á la hija del Duque de Milán, Philipo Visconti, á quien, de encarnizado adversario, convirtió su prisionero el político rey de Aragón en auxiliar y amigo. El mismo Tapia, y además Juan de Andújar, Fernando de la Torre, Suero de Ribera, cantan nominalmente á todas las damas de la corte, envolviendo sobre todo en nubes de incienso á la princesa de Rossano, Doña Leonor de Aragón, hija natural del rey, y á la famosa Lucrecia Alagnia ó de Alanio, su querida predilecta, cuya honesta resistencia pondera Eneas Silvio, si bien, según otra versión menos optimista, hubo de triunfar el Rey «*cogliendo dal giardino di quella il primo frutto d' amore*». Sin tomar parte en esta disputa, no menos ardua é inextricable que la del amancebamiento de la reina Madásima con aquel bellacón del

maestro Elisabad, no hay duda que Alfonso V debía de remunerar largamente los versos que se escribiesen en loor de Lucrecia, á juzgar por la especie de certamen que entablan los poetas del *Cancionero*, aludiendo sin ambages á la pasión del rey. Así cantaba Juan de Tapia:

Vos fuistes la combatida
Que venció al vencedor;
Vos fuistes quien por amor
Jamás nunca fué vencida;
Vos pasays tan adelante
Et con tanta crueldat
Faseys la guerra,
A quien fa temblar la tierra
Desde Poniente á Levante.

Pero el poeta áulico de Alfonso V, el más complaciente servidor literario de sus flaquezas, fué el ya citado Carvajal ó Carvajales, si bien, con previsión laudable, no dejaba por eso de componer versos encomiásticos y consolatorios á la desdeñada y moralmente divorciada reina Maria.

Este Carvajal es no sólo el ingenio más fecundo de los del *Cancionero de Stúñiga*, en el cual tiene hasta cuarenta y cinco composiciones, sino el más notable y afortunado de todos ellos, casi el único que acierta alguna vez con rasgos de poesía agradable y ligera, con cierto dejo candoroso y popular, que es muy raro en los trovadores de esta escuela. A veces glosa letras conocidamente populares, como la de «*la ninna lozana*»:

Lavando á la fontana,
Las manos sobre la trenza...

En el género de las *serranillas* especialmente, tiene mucha facilidad y mucha gracia, y se le debe contar entre los mejores discípulos del marqués de Santillana. A veces, sin embargo, propende á la parodia realista, como el Arcipreste de Hita: